Réplica a los Comentarios que hace el Sr. Dr. Mesa y Gutiérrez a la crítica que hice al punto relativo de la ligadura de las trompas y apendicectomías, de que habla en su trabajo de turno.

POR EL DR. FRANCISCO REYES

Lamento muy deveras no haber asistido a la sesión reglamentaria de esta Academia correspondiente al día 8 de los corrientes, para haber contestado desde luego al erúdito académico señor Dr. Mesa y Gutiérrez lo que me correspondía y obligaba por la alusión personal que hace sobre mi en su segundo trabajo, constreñido como el primero, a materia de moral médica. Y si yo dejara sin contestación, para el esclarecimiento de mis conceptos que cita en su segunda disertación, y que le sirvieron de principal tópicó para el desarrollo de su tesis, maltrecha quedaría mi reputación profesional en el orden moral, por quienes ni me conocen ni me han tratado, y que guiarían sus juicios por lo que leerían o escuchasen sin espera de los descargos. Nadie, pues de mis estimables compañeros de la Academia, me negará su atención y paciencia para escuchar mi opinión en el debatido asunto de la falectomía.

Desde luego hago la advertencia, que no voy a ocuparme en esta relación, de la Moral Médica en su aspecto doctrinario y metafísico, que tan bien es conocida por vosotros y que tan ampliamente ha desarrollado el Dr. Mesa y Gutiérrez, usando de brillante estilo y de lógica impecable, conforme en todo con las ideas filosóficas que sustenta y que soy el primero en respetarle. Sí me ocurre decir, extraña toda alusión personal, que en materia de Deontología, ocurre frecuentemente a quienes la enseñan (¿acaso este será el motivo por lo que esta asignatura fué borrada del plan de estudios de la Escuela Nacional de Medicina?) o procuran fortalecerla en el ánimo de los prevaricadores; les ocurre digo yo, lo que

a los sermonistas atacando las modas modernas de vestido: que poco caso se les hace, por lo que la mujer moderna, casada o soltera, joven y muchas viejas, y así lo afirma el Dr. Mesa y Gutiérrez sigue fiel a los imperativos de la moda, derritiendo su pudor con la vela encendida por los cabos, repitiendo la pintoresca frase del autor que yo le aplaudo.

¿Y pretendo pensando así, que prosiga el desbordamiento de las faltas y delitos que se cometen por algunos médicos o falsos médicos, comadronas, boticarios y mancebos? No, así como suena. Pero no es con prédicas, sermones y consejos como habrá de corregirse el uso y abuso de la falda corta, de que nos habla el respetable maestro Mesa y Gutiérrez, sino con pantalones y enaguas bien fajadas en quienes por su autoridad en el hogar, técales corregir el desorden; y así también, con toda energía y pareja severidad judicial, se deben castigar las faltas y delitos profesionales a que se refiere el Sr. Mesa y Gutiérrez, evocando las frases del señor doctor Pruneda, y que éste pronunció tanto para celebrarle su trabajo, como para justificar el ante-proyecto de los reformadores del Código Penal en lo concerniente al ejercicio de la medicina. Que se castigue al charlatán con título o sin él; que se castigue a los médicos que inventan enfermedades a quienes los consultan para justificar el cobro de sus honorarios; a los que usando y abusando de sus puestos oficiales, hospitales, consultorios públicos, puestos de socorros, que arbitran de mercaderías, se procuran de clientela (poco importa de la clase rica o solvente), sino de los pobres, cuya situación, dado el momento psicológico en que se encuentran colocados, fácilmente se les explota, torniqueándolos al sacrificio pecuniario; a los abortadores de oficio cuyos nombres y oficinas todos se conocen; a los que practican operaciones, BOGUS y SHAM; a los que hacen FALECTOMIAS, comenzando por su servidor, si es que las pocas que he ejecutado, y que yo haría, siempre que se ajustasen a la norma imperativa de una necesidad.

Señores: si la justicia obrara con todo celo, sin hacer distinciones de personas ni de situaciones, como es su deber en estos casos; si hubiera echado el guante a estos pájaros de cuenta, con título y sin él y motivos y oportunidades no han faltado, para que los señores jueces emprendieran la razia, saldría sobrando la reglamentación de nuestro artículo TERCERO CONSTITUCIONAL como lo escribí y publiqué en uno de los diarios de la capital.

Pero ya es tiempo de ir al objeto principal de mi objetivo. Dije y lo confirmo aquí, haber practicado la falectomía en cardíacas; y hoy agrego que también la he practicado en dos grandes múltiparas, cuyos dos

últimos partos habían sido motivo de gravísimas hemorragias del alumbramiento, y en una tercera, que en sus tres embarazos sufrió de perturbación mental; que en sus tres partos siempre sufrió de profusas hemorragias del alumbramiento no obstante su conveniente preparación en los dos últimos, yendo a parar al fin a un departamento del manicomio de Mixcoac, donde acaba de salir después de más de un año de reclusión, medio curada de su psicosis. La he practicado también en tres estrechas de la pelvis con motivo de cesárea abdominal; en una cesárea abdominal en gran múltipara por placenta previa, y en dos o tres laparotomizadas por embarazos ectópicos a quienes no creí prudente hysterectomizar. Dejo a la crítica de quienes me escuchan o me lean, si las indicaciones terapéuticas establecidas fueron o no prudentes, para ocuparme tan solo de las cardíacas falectomizadas.

Bastaría recordar el apotegma de Peter citado por Paul Bar en su obra: hija, no te cases; mujer, no tengas hijos; madre, no amamantes; y Bum, en su obra magistral, cita las mismas frases que atribuye a Auvar, en lo que concierne a la influencia de la tuberculosis en el embarazo, y que habría de generalizarse a singulares formas graves de locura, a la epilepsia en sus graves o avanzadas formas; quizá el alcoholismo inveterado. Bastaría, dije, recordar el aforismo Peter-Auvar interpretándolo correctamente, y prudentemente aplicándolo, para inferir si la falectomía tiene o no su aplicación para determinadas situaciones patológicas de las cardíacas. Pero para mejor valorar la indicación de la interrupción eficaz de la luz de las trompas—ligadura o resección—, es necesario leer, purgada la mente de todo prejuicio, el capítulo relativo a embarazo y cardiopatías en la obra de Paul Bar.

Todos reconocemos la importancia de las estadísticas médicas como base formativa de las reglas generales que norman el estudio nosológico de los padecimientos médicos; pero enseñan los maestros y la experiencia, que no es prudente encasquillarse en esos cuadros, recordando que en el ejercicio profesional, nos entendemos con enfermos. Y si porque las estadísticas nos dicen que 80% de las cardíacas embarazadas o tuberculosas salen bien durante la gestación, parto y alumbramiento, ¿no hay por qué preocuparnos del porvenir de las 20 restantes, y sobre todo de nuestras enfermas X y P, cuya responsabilidad nos corresponde? Su pronóstico individual no lo podríamos sustentar basándonos en el 80% de las cardíacas bien libradas.

Yo no he dicho que se debe esterilizar por el medio más prudente—me he referido a la falectomía—a todas las cardíacas embarazadas. Lo

hice con dos que habían, con sus naturales peligros, dado al matrimonio 3 y 4 vástagos; y que en sus embarazos subsecuentes su situación había sido desesperada. Una de ellas, clienta del que fuera en vida digno maestro de nuestra Escuela, doctor Carral, era enviada a Veracruz para mejorar su situación; y aún en esa altitud, su situación seguía siendo grave, y, o abortaba, o tenía partos prematuros espontáneos. A esta enferma la falectomicé, y se trata de toda una dama emparentada con nuestra linajuda aristocracia, y reverente católica. Toda una señora también la segunda, emparentada políticamente con un descendiente directo de una de las más grandes figuras políticas de nuestra historia, con situación parecida a la primera durante todos sus embarazos, la falectomicé también; y yo falectomizaría sin escrúpulos o vergonzantes actitudes profesionales, a toda cardíaca cuya situación fuera semejante a los que acabo de describir y siempre que la operación pudiera consumarse sin mayores peligros, atento su padecimiento cardinal. En la Clínica Obstétrica de la Escuela Médico Militar, cátedra que está a mi cargo con la de Ginecología, llegan a la Maternidad cardíacas con asistolias más o menos graves. Unas paren bien, otras, abortan, otras presentan partos prematuros; algunas han sucumbido. Y todas las que abortan, y las que paren prematuramente, o a tiempo, pero dando seres entecos, próximos angelitos destinados al limbo ¿vale la pena, pregunto yo, que conscientes o inconscientes, continúen su calvario, exponiendo seriamente su vida sin dar frutos bien llegados, de porvenir seguro para la vida, tan solo porque así lo mandan los dictados de una moral hierática, incommovible, despótica y tirana? ¿Vale la pena, digo yo, que mañana o que más tarde estas desgraciadas paguen con su vida disposiciones tan crueles que limitan y constriñen el papel de la esposa en el hogar, a la sola multiplicación de la especie, a incubadoras de la especie humana, campo forestal o viveros de su especie?

Son a estos casos a los que yo me referí, cuando sin malicia objeté el trabajo de mi respetable maestro, Dr. Mesa y Gutiérrez, refiriéndome a la ligadura de las trompas, que él rechaza sistemáticamente en sus dos disertaciones, contrariamente a la tesis de excepción que yo sostengo. Y consta del acta respectiva que hice la advertencia, que al exponer mis ideas en la forma que lo hacía, era movido por el impulso de sinceridad y franqueza que norman los actos de mi vida; y así me expresé entonces, y lo hago ahora; tal y como el Dr. Mesa y Gutiérrez se lo impuso,

según lo acreditan sus palabras textuales: trataré la cuestión moral de la falectomía en su verdadero aspecto, SIN TAPUJOS, sin DISFRACES HIPOCRITAS, con la claridad con que deben ser ventiladas estas cuestiones. Así he procedido yo, sin tapujos ni antifaz.

Y lanza el maestro filosos y punzantes dardos contra las cardíacas falectomizadas; contra el grupo de aquellas que, según Peter-Auvard, Bar, que sin indicar el medio, no debieran ni casarse, embarazarse o amamantar; contra las que según mi opinión, he falectomizado y falectomizaría; contra estas pobres esposas y sus maridos, colgándoles este San Benito: así podrán disfrutar y enagenarse voluptuosos, del más sensual y desenfrenado hetairismo.

Y contra la indicación restringida de la falectomía, aconseja la ABSTINENCIA y la CASTIDAD.

Consiento con el muy respetable académico Dr. Mesa y Gutiérrez que ha habido excelentes varones y hoy se cuentan como mártires; consiento también que se vive en una época de malaventura. Pues precisamente, porque se vive con esta época malaventurada, de malaventurados, la abstinencia es inaplicable; su observancia habrá de limitarse al escasísimo número de varones-santos-mexicanos; y si como tales varones se suscriben algunos esposos de nuestra época, yo no solo pongo en cuarentena su bonachona castidad; sino que me atrevo a sospechar que habrán de satisfacer su aparente continencia con el postizo colgado a la pobre esposa, tal y como se produce el personaje del sainete: perdóname Yrene, a ti es la que te quiero.

Por otra parte, la abstinencia es contraria a la naturaleza. Le Dantec, en su obra filosófica: EL EGOISMO BASE UNICA DE LA SOCIEDAD, atribuye al instinto sexual dos funciones: la ATRACCION SEXUAL—COPULA—y la IDEA REPRODUCTORA. En consecuencia, la cópula no implica siempre el deseo de la reproducción. Lo que importa al individuo en este caso continúa Le Dantec, es desembarazarse de los gametos que lo envenenan exaltándolo. Y en su Manual de Sociología James Quayley Deadley, Profesor de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad de Brown, y Lester Frank Ward de Washington, al hablar sobre el amor natural, que ellos definen: como el interés engendrado por el principio de la conveniencia e implantado primitivamente en el hombre para asegurar la fertilización de los gérmenes. Y al hablar de las fuerzas filogénicas, dicen: aunque es posible por la voluntad del individuo la sumisión de las fuerzas filogénicas, esto queda limitado a una fracción muy reducida de la raza humana. Cuantos estén versados en estas

cuestiones, están conformes que ESTO NO ES POSIBLE. La más común de las FORMAS ANORMALES que se apropian la supresión permanente de las fuerzas filogénicas, es la del MISTICISMO, que es una ESPECIE DE ENFERMEDAD, ORIGINADA POR UNA CEREBRACION SEXUAL. Pero sea cual fuere el poder de los individuos en particular, bajo la influencia de las ideas religiosas o filosóficas de suprimir por el ejercicio de la voluntad las DEMANDAS DE SU NATURALEZA, debe limitarse a muy pequeña fracción de los hombres; pues para la mayoría de la humanidad tales consideraciones no pueden tener valor alguno ni detener el curso inextinguible de esta gran pasión que se agita en la sociedad. Son pues la castidad y la continencia raros y bellísimos ejemplares de virtud; pero de resultados más que dudosos aplicados en la era malaventurada en que hoy vivimos y en que siempre han vivido los hombres, dominados por el sentimiento de atracción sexual creado por la muy natural función de sus órganos sexuales. Bien está que los mártires, ascetas y demás buenos varones la logren observar; pero por su ineficacia, por su propia sutileza, habrá de quedar catalogada a su imagen propia de ficción.

Y para que el académico trabajo del Maestro Mesa y Gutiérrez logre su atinada redondez de obra bien acabada, nos habla también de la práctica criminal del aborto; de los 27,000 abortos de la Rusia Comunista; de ese pueblo que lucha desesperado para aproximarse un tanto a un régimen democrático que se opone a los regímenes tiránicos y capitalistas; que lucha para sostenerse, para depurarse y perfeccionarse, y para lograr todo esto: el homónimo del ideal, ha sido menester de grandes hecatombes sociales, tan fuertes y tan estridentes como lo reclama la obra hierática de los despotismos, de las crueldades y de la miseria humana. Y es la miseria humana la causa principal de los 27,000 abortos, y que yo traduciría en estos términos: el sacrificio que las víctimas ofrecen en aras de su libertad, mejoramiento y progreso. Y nos habla también del divorcio anatematizándolo sistemáticamente; sin concederle particularmente utilidad alguna, sin atribuirle ventajas o cualidades depurativas ningunas, como efectivamente las tiene, para curar de raíz situaciones conyugales que solo el divorcio las liquida; y que de otro modo, y con otros medios, tan solo se consigue sin obtenerlo, mantener el crédito (desacreditado incontinentemente), de un recurso solamente aplicable a una categoría de cónyuges virtuosos, en fracción tan reducida en nuestra sociedad, como lo es a quienes se les puede aconsejar la continencia y la castidad.

Y aquí termino señores con todo lo que yo he creído necesario ex-

poner para contestar al maestro Dr. Mesa y Gutiérrez con motivo del juicio severo que hace de la falectomía y de los que han ejecutado esta operación; y también para que quede bien claro, en que casos yo la he practicado y en que condiciones se debe practicar: LA FALECTOMIA QUEDA POR MI ACEPTADA COMO OPERACION DE EXCEPCION PARA LOS CASOS SEÑALADOS ARRIBA.

Dr. FRANCISCO REYES.